

R con r cigarro, r con r barril, rápido ruedan los carros por los rieles del ferrocarril

Roberto Burgos Cantor

La imagen: un niño detrás de los barrotes de un ventanal que da a un corredor angosto y después a un jardín, mira pasar un tren bajo la lluvia. La carrilera está inundada y el tren avanza lentamente.

Esta situación vuelve siempre. Resulta impreciso decir que vuelve. Lo correcto es escribir que la imagen permanece ahí, perdura, no se gasta. Ahora tiene dos ámbitos. El del sueño por el cual se desliza sin aviso, de tiempo en tiempo: la misma lluvia, el idéntico tren grisiento en igual dirección y la mirada que se encanta con la entrega a esa visión. Y el otro es el de la memoria en la cual la imagen se refugia en forma de una cicatriz viva.

Si esta imagen persiste por más de treinta y siete años, con su aguacero de diluvio y el tren sin estación final, merece ser nombrada al pensar en las ficciones que escribo. Esta invocación, más que un acto de impudor que pretenda exorcizar lo inexplicable, se dirige a mostrar una sustancia que anticipa la naturaleza de las historias sin fin que se inscriben en el territorio de una literatura.

Abandoné a Cartagena de Indias, la bella, en el año de desdicha de 1966 para irme a Bogotá, como se llamaba entonces la hoy Santafé. La estructura política y administrativa centralista, a pesar de lo odiosa y opresiva, fijó en la conciencia de los habitantes de la región Caribe la idea de que la lejana, alta y fría meseta capital era un lugar de recogimiento y estudio. La orilla del mar con las sirenas de la vida invencible y desbordada, con su solidaridad promiscua, apenas si dejaba lugar para vivir y morir la existencia sin posibilidad de testimonio. Es una idea falsa pero vigente, a lo mejor alen-

tada por el centralismo tirano, para perpetuar su inmemorial injusticia y su largo privilegio.

Mi pretexto era impecable. Estudiar en la Universidad Nacional con afamados y severos tratadistas como profesores, y evitar en la venerable Universidad de Cartagena de Indias una incomodidad derivada del hecho de ser mi padre un prestigioso docente y directivo de ella.

Mi designio era insobornable. Yo quería ser escritor. Y en las novelas que había leído por entonces, las ciudades de los escritores tenían niebla, hacía frío, y un margen de libertad y soledad amplio y cruel parecían venenos imprescindibles para la creación literaria.

Tal vez la sustancia que recorre la obstinación inexplicable de escribir novelas y cuentos sea el deseo de imponer una duración que arrebate a la ferocidad del tiempo, a sus usos y olvidos, un fragmento cualquiera del canto solitario del ser humano en su diario trasiego con el absurdo. Como acto de rebelión carece de destino. No tiene un destinatario preciso. Y quizá recoja en su ambición ese cúmulo de desapariciones y presencias fugaces que en un instante pudieron transformar la vida y al no hacerlo se fugaron dejando la innombrable herida que arruina los sueños. Se tiene la fuerza para intentar que la muerte pueda ser negada y, en efecto, al aceptarla se le opone una negación. Un desdén.

La imagen de ese tren vuelto sueño, convertido en memoria, va y va. Atraviesa regiones. Muestra una que-
rrencia.

Es posible que esta sustancia le confiera a cada palabra que se escribe una libertad de origen, de desprendimiento total que acaso diferencie a la literatura de las otras palabras que se escriben con un designio, por noble que éste sea: enseñar, convencer, enamorar, curar.

Llegué a Bogotá en el avión de hélice que hacía la ruta del mar a la meseta tres veces por semana. Un pesado cuatrimotor que demoraba dos horas en el aire aterrizó, entre extensos solares de un verde intenso con vacas peludas y una luz uniforme de gris acerado, antes de las cuatro de la tarde.

No acababa de llegar y ya poseía el inconfundible aire de taciturna y desolada consternación que identifica sin perdón a los caribes cuando se enfrentaban a la leyenda del frío, a su hábito de sigilo, al esplendor de duelo de sus plazas vacías en las que todavía se desgañan los domadores de culebras adormiladas, que venden vermífugos, artilugios para llamar la suerte, y los fotógrafos de cajón con sus pericos que sacan papelitos con los desciframientos de la suerte.

A esa hora de ese día, a medida que la pequeña Nash en que iba se acercaba a los cerros, que en los primeros años sólo me parecieron un impedimento para ver el mar, las calles se poblaban de gente que gritaba consignas, cantaba, lloraba y agitaba carteles con un rostro. Habían matado al cura Camilo Torres. Antes de largarse con uno de los grupos de la guerrilla, hacía tres o cuatro meses, había estado en Cartagena. Era un domingo de sol bravo y en el camellón de los Mártires, un lugar en pleno centro de la ciudad vieja, enfrente del muelle de los Pegasos y el fragoroso mercado de aves, carne de monte, tenderos chinos y vendedores de granos al menudeo en el suelo, el cura Camilo dijo un discurso explicando su proyecto político. Recordé el aire incendiado de Cartagena, el silencio impenetrable de los domingos, que es el único día en que ni siquiera se oyen las campanas de las 17 iglesias, y sobre todo recordé la audiencia de lástima que lo aplaudió: quien lo presentó, un líder del movimiento de los estudiantes que pertenecía a la facultad de ingeniería, Jaime García Márquez, cuatro estudiantes de la misma facultad, cinco borrachos perniciosos que jugaban dominó y acompañaban la partida con ron blanco, una monja joven y con tribulaciones de fe, tres mujeres que esperaban el bus de la vía al barrio de El Cabrero, cuatro meseras de los bares de la calle de la Media Luna que habían terminado su turno, un vendedor de pájaros, dos prostitutas ambulantes de las pensiones en que reposaban los navegantes y los choferes, y tres muchachos que estudiábamos bachillerato en el colegio de los hermanos cristianos y repartíamos Frente Unido, el periódico de Camilo. Fue la única ocasión en que lo vi y, bajo el sol calcinante del Caribe, en medio del rostro enrojecido, sobresalían unos ojos alegres y limpios.

En la edad en que alguien sabe que lo único que hará en su vida es escribir pasa por una terrible convicción. Nada le sirve para su oficio, lo que lee y estudia le resulta insuficiente y, sin embargo, esa precariedad alimenta su ilimitada ilusión de obtener lo que quiere. Y eso que quiere es todo. Una totalidad no vista que se fundará con su escritura.

En la experiencia colombiana este impulso y rechazo a la vez, donde se negaba algo para alcanzar todo, tenía el precio de aumentar los riesgos de la aventura personal y la gratificación de hacer más rigurosa la búsqueda de expresión. Nuestro fantasma carecía de la concreción que le permitió a Witold Gombrowicz al embarcarse gritar desde la cubierta del buque a los amigos escritores que dejaba en Buenos Aires: ¡Muchachos maten a Borges!

Lo que teníamos que matar era una medusa que crecía con la acumulación de vicios celebrados como virtudes. Una verborrea pretenciosa. Un ejercicio retórico de buenos sentimientos. Una truculencia atolondrada. Y, por supuesto, las servidumbres morales, religiosas y políticas que empobrecían el texto literario.

En la encrucijada de esa tierra baldía contábamos con un lenguaje enmascarado que no ha terminado de nombrar.

La estadía —que entonces no sospechaba se volvería larguísima— en Bogotá comenzó con el final, para él, de la tragedia de Camilo Torres. Como es costumbre, no hemos reflexionado sobre lo que significó esta muerte, que fue un anuncio más de tantos desastres que seguirían. En el mejor sentido, Camilo Torres era lo que los profesores llaman un intelectual. Su discurso de convocatoria transformadora no tuvo cabida en un sistema de rígida intolerancia y por eso apeló a lo que los juristas clásicos denominan la rebelión justa. Para su infortunio, los compañeros de armas decidieron convertir a Camilo en un soldado. En ese aprendizaje imposible murió inerme.

Los años que siguieron desprendían la intensidad que caracteriza a las épocas de ilusiones transformadoras compartidas. En ese estremecimiento hacía las tareas de escribir en los periódicos y las revistas literarias, de ganar algún concurso. Eran textos experimentales que servían para mostrarme lo que no se debe hacer y mantenían un signo de lealtad con la vocación. Pero estaba insatisfecho, infeliz, rabioso.

La vida que deseábamos se caía a pedazos sin haberla forjado, y una guerra soterrada y sucia se apoderó de Colombia. La novela con la cual me mantenía aferrado

a mi deseo de escribir y evitaba el naufragio no avanzaba. A todo escritor de cuentos le exigen una novela. No sé por qué. A un corredor de pista corta lo dejan en su categoría. Tal vez la conciencia culpable que nos habita por haber hecho de la improvisación un método, le propone al escritor esa prueba de dedicación y constancia. Mi entrenamiento era deficiente y la falta de gasolina la tenía merecida por haber jugado con la tentación, muy nuestra por cierto, de ser orquesta. Entonces me dediqué a escribir un libro de cuentos, no una selección, sino unos cuentos distintos a los que había escrito y

publicado hasta entonces. Voluntad y exorcismo. Me sentí mejor. Más legítimo. Menos impostor. Escritor es el que escribe. Seguí con la novela. Por supuesto no se sigue. Un escritor está cada vez que termina un libro otra vez al comienzo. Y ahí estoy al borde del precipicio, entendiendo aquello que en su sabio delirio confió Truman Capote: al escritor Dios le da un don y también un látigo. En palabras de los pescadores del Caribe: el que no tira canaleta se lo lleva la corriente. Y también una intuición: en el arte existe una forma de justicia.